

EMPER. Pues yo me empeño en pasar.
 REY. Será despues de lidiar,
 que de otra manera no.
 EMPER. (Con calma.) Y el valiente, ¿es caballero?
 REY. (Con calor.) Tanto, lo juro, cual vos.
 EMPER. Pues entónces, voto á Dios,
 ¿por qué está ocioso el acero?
 REY. (Desenvaina la espada.)
 Ya en mi diestra ardiendo está,
 rayo de la quinta esfera.
 EMPER. (Desenvaina la espada.)
 Pues ya mi espada lo espera,
 y ese rayo apagará. (Riñen.)
 REY. (Aparte, y riñendo.)
 ¡Qué corazón!... ¡qué destreza!
 Merece el cetro del mundo.
 EMPER. (Aparte.) ¡Qué denuedo sin segundo!..
 Persona es de gran nobleza.
 REY. (Aparte.) Con trabajo me defiende.
 EMPER. (Aparte.) Este hombre á herirme no tira...
 Sólo á desarmarme aspira.
 REY. (Aparte.) No logro lo que pretendo.
 TOM. (Desde su puesto.)
 ¡Señores, la ronda viene!
 REY. (Retirando la espada.)
 ¿La ronda?
 EMPER. (Observando un momento.)
 La ronda es.
 Dejad que pase, y despues...
 REY. (Envaina la espada.)
 De ella salvarme conviene.
 Y pues tan señor os ví,
 y que lo soy no dudais,
 espero no permitais
 que me persigan á mí.
 Quedaos, que vos no temeis
 el que aquí la ronda os halle,
 y mañana en esta calle
 por la noche me hallareis. (Vase.)
 EMPER. Confuso quedo á fe mía.
 ¿Quién es, cielos, este hombre?...
 No es extraño que me asombre
 tal destreza y valentía.
 Sabe quién soy, claramente
 al partir me lo indicó.
 ¡Dios eterno!... ¿Será?... No.
 Es imposible.
 TOM. (Acercándose.)
 Esa gente
 llega ya.
 EMPER. (Envaina la espada.)
 Guardo la espada.
 Mantente quieto á mi lado
 en el gaban embozado,
 y no respondas á nada. (Se emboza.)
 ALCAL. (Dentro.) Cercadlos, cercadlos luégo,

ninguno se ha de escapar,
 y si lo osan intentar,
 usad las armas de fuego.
 Nada vuestro ardor reporte,
 pues vive el rey, que no en balde
 ha de rondar un alcalde
 de su casa y de su corte.
 Sale EL ALCALDE con ALGUACILES y ronda
 con linterna, y rodean la escena, que-
 dando en medio de ella embozados y en
 silencio el Emperador y Tomate.
 ALCAL. (Mostrando la vara.)
 A la justicia os rendid.
 EMPER. (Sin descubrirse.)
 A la justicia rendidos
 estamos.
 ALCAL. (A los alguaciles.)
 Reconocidos
 sean al punto. Sus, venid
 con la linterna.
 EMPER. Os suplico,
 señor alcalde, seais
 vos quien me reconozcais.
 TOM. (Aparte.) Se va á quedar tamañico...
 (Toma el alcalde la linterna, la acerca
 al Emperador, este se desemboza y el
 alcalde cae de rodillas, y lo mismo toda
 la ronda.)
 ALCAL. ¡Cielos!... ¡El emperador!!!
 EMPER. (Con gravedad despues de breve pausa.)
 Alcalde, del suelo alzad,
 alce la ronda, y callad.
 (Se levantan todos.)
 ALCAL. Perdon os pido, señor,
 si he disturbado...
 EMPER. No, á fe,
 antes estoy satisfecho
 de todo cuanto habeis hecho,
 y ese celo premiaré.
 ALCAL. Yo... cuchilladas creí
 escuchar hácia este lado...
 EMPER. No os habeis equivocado,
 sonaron, alcalde, sí;
 porque á propósito yo
 con este mozo el ruido
 hice, por ver, advertido,
 si vigilabais ó no.
 ALCAL. (Ufano.) La vigilancia es mi norte.
 EMPER. Con gusto ví que no en balde
 ronda en Madrid un alcalde
 de mi casa y de mi corte.
 No os detengais, continuad.
 ALCAL. Señor, ¿quereis que con vos...?
 EMPER. No, buen alcalde, id con Dios.
 (El alcalde y toda la ronda hacen reve-
 rencia y van á marchar por el lado por

donde se fué el rey. El emperador los
 detiene y les indica el lado opuesto.)
 Por aquella calle echad.
 (Vanse el alcalde, alguaciles y ronda.)
 EMPER. No se quejará á fe mía
 mi contrario de que no
 le guardo la espalda yo,
 cual pide su valentía.
 TOM. Señor, ¿quién será ese bravo?
 EMPER. No lo sé, ni hay quien lo diga.
 TOM. Que la ronda le persiga,
 y dará con él al cabo.
 EMPER. No, que grave infamia fuera.
 Mañana le encontraremos,
 y...
 TOM. ¿Qué? ¿Otro lance tendremos?
 EMPER. Me dijo que aquí me espera.
 Mas recoge el bandolin,
 que aunque me parece tarde,
 temo que mi Elvira aguarde,
 y llegar quiero al jardín.
 TOM. (Va como á recoger el bandolin y un ron-
 quido ó bostezo de Pierres le detiene.)
 Señor... ¿no escuchaste?
 EMPER. ¿Qué?
 TOM. (Asustado) Por aquí un hombre ha de estar.
 EMPER. (Escuchando.) Cierto. Le oigo respirar,
 mas ningun bulto se ve.
 TOM. Tal vez junto á alguna puerta...
 EMPER. En redor examinemos...
 (Buscan cada uno por distinto lado.)
 TOM. (Tropezando con Pierres.)
 Señor, aquí lo tenemos.
 Es una persona muerta.
 EMPER. (Acercándose.)
 ¿Muerta?
 TOM. No, que es un borracho.
 Está en un lago de vino
 revolcándose el cochino.
 Será algun perro gabacho.
 EMPER. ¿Si habrá entendido?...
 TOM. Imposible.
 Es un tronco. ¡Hola, tonel!
 (Le da con el pié.)
 PIER. (Revolcándose.)
 Arre allá, que escupo hiel,
 y tengo un vino terrible.
 TOM. ¡Ay señor! que es francés,
 del rey de Francia el bufon.
 EMPER. (Sorpresa) ¿Qué dices?... ¡Oh confusion!
 TOM. Sí, lo reconozco; él es.
 EMPER. El es, y su amo sin duda
 quien conmigo ha peleado...
 Fuerza es ya que á este menguado
 para indagar algo acuda.
 (Acércase á Pierres.)

Hola, levante el bribon.
 Quién es al punto nos diga.
 PIER. (Quedando sentado en el suelo, despues de
 muchos esfuerzos.)
 Poco á poco... á mí me obliga
 solo... el señor Alarcon.
 EMPER. Pues yo soy. ¿Cómo está aquí?
 PIER. Bebido.
 TOM. (Sosteniéndole.) ¡Gran animal!
 PIER. Porque puede cada cual...
 Y... al cabo... ¿quién manda en mí?
 Pues con jamon y alaéjos...
 cualquiera... Digo... ¿me entiende?
 cualquiera... cuando descende
 de padres cristianos viejos...
 EMPER. No contesta acorde á nada.
 TOM. ¡Cuál está!
 EMPER. Diga, ¿y su amo?
 PIER. Viene de noche... al reclamo
 de una niña remilgada.
 EMPER. ¿De quién?
 PIER. Muy linda es Leonor.
 EMPER. ¿Quién?
 PIER. Y yo... y todo... la doncella
 Leonarda... tambien muy bella,
 Elvira... Comendador...
 Anacleta...
 TOM. (Al emperador.) ¿No lo escuchas?
 EMPER. Harta luz nos está dando,
 y voy con ella aclarando,
 Tomate, verdades muchas.
 TOM. Preguntad.
 EMPER. ¿Y el rey?
 PIER. ¿Ahora?
 No sé... que yo... en el fogon
 de Leonarda...
 TOM. ¿Qué bribon!
 y ella, ¡qué infame traidora!
 EMPER. (Con impaciencia.)
 ¿Dó está el rey?
 TOM. (Agarrando de una oreja á Pierres.)
 Dilo, gabacho.
 PIER. Señor Alarcon... afloje
 y la oreja no me moje,
 que se me ajuma el mostacho.
 EMPER. Dime... ¿tu amo?...
 PIER. Ahí estará,
 ó... en la torre... Más de un mes
 salimos así... Despues
 volvemos ambos allá.
 EMPER. (Desesperado.)
 Te voy á matar, tunante.
 PIER. ¡Quiá! (Se vuelve á tender.)
 TOM. (Levantándolo y poniéndolo de pié.)
 Levanta.
 PIER. Ya voy... só.

TOM. *(Sin soltarlo.)*
Ténte, Pierres.

PIER. Ese es yo.

TOM. *(Lo empuja.)* Anda, pícaro, adelante.
(Vuelve á caerse Pierres.)

EMPER. *(Aparte, paseándose.)*
Ya todo está descubierto,
y es sin duda el rey de Francia
el que con tanta arrogancia
aquí me buscó encubierto.
Y no es la noche primera
que ha salido de la torre;
es quien las calles recorre
armando tanta quimera,
y es también el rondador
que tantos celos me daba.
¿Doña Elvira lo ignoraba,
y también doña Leonor?...
¡Cielos!... ¿Si se habrá fugado?...
¿Por qué al bufon dejó así?...
¿Cómo otras noches, de aquí
habrá á la torre tornado?
Mas... Hernando de Alarcon...
Hasta que amanezca el día
no cesará el ansia mía
ni mi inquieta confusión. ... *(Pausa.)*
Aunque esta noche haya vuelto,
como hizo las anteriores,
¿quién aquietará mis temores
de que, á fugarse resuelto,
no lo verifique acaso
mañana mismo, de modo
que dé en tierra mi plan todo?
Fuerza es atajarle el paso,

y aunque á fuer de caballero
debo esperarle mañana,
la diadema soberana
me impone un deber primero.
Su fuga, ántes del tratado,
á la Europa conmoviera,
y la Europa toda entera
su reposo me ha fiado.
De caballero á la ley
no por esto he de faltar,
pues juro le he de retar
de hombre á hombre y rey á rey
después que esté libre y fiero,
cuando no sospeche el mundo
que mi valor sin segundo
se ejerce en un prisionero.

(Después de breve pausa dice á Tomate.)

Tomate, carga con él,
pues si la ronda volviese,
y cual debe lo prendiese...

TOM. Que se lo lleve Luzbel.

EMPER. No, que es fuerza prevenir
un empeño. Allá en la esquina,
que está á la torre vecina,
lo puedes dejar dormir,
pues conviene no recuerde
que con nosotros habló.

TOM. Nada recordará, no,
que está su zorra muy verde.

(Hace esfuerzos para cargar con Pierres.)

EMPER. Y cuidado con guardar
secreto de cuanto has visto.
Si se sabe, vive Cristo,
te mando al momento ahorcar.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Aposento del Rey, que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, y aparece el REY solo

REY. *(Se pasea.)*

No ha sido poca fortuna
que ese pícaro bergante
no me haya comprometido
con su borrachera infame.
Por más que me ha asegurado
que no lo había visto nadie,
que no habló á ningún viviente
mientras estuvo en la calle,
y que se vino á la torre
ántes que el alba sonase;
he pasado todo el día
hundido en ansias mortales.
Mas pues que llega la noche
sin incidente notable,
pienso que verdad me ha dicho,
y mi temor se deshace.
Y pues nada se trasluce
de mis nocturnos solaces,
sólo anhelo ya la hora
de verme libre en la calle:
que esta noche más que nunca
me es el salir importante,
y obligaciones me llaman
de que no puedo excusarme.

(Pausa.)

¡Qué prodigio de hermosura!
¡qué portento de donaire!
¡qué asombro de entendimiento!
¡qué tesoro de bondades
es doña Leonor!... La adoro,
y el corazón se me parte
al ver que me corresponde
con la candidez de un ángel;
pues lo mismo que sería
la dicha más inefable,
la ventura más preciosa,
la felicidad más grande
para mí, si rey no fuese;
ser yo rey lo torna y hace
mi más terrible martirio,

TOMO II

mi infierno más espantable,
poniendo entre ambos ¡oh suerte!
una barrera de tales
circunstancias, que es de bronce
para impedir nuestro enlace,
y es de cristal transparente
para que yo los quilates
de su virtud y hermosura
mire, mida, aprecie y ansie.
La corona adorna y ciñe
la cabeza, pero parte
el corazón y lo aprieta,
y su rico cerco es cárcel
de los afectos del alma,
de do no pueden fugarse.

(Pausa.)

¡Ojalá nunca mis ojos
vieran cruzar esta calle
á Leonor! ¡Nunca mis cartas
hasta su cielo llegasen!
Pensé que burlar podía
y distraer mis pesares,
sin interesar mi pecho
con ella, porque ignorante
no conocía los dotes
que la adornan celestiales.
No, no merece Leonor,
tan discreta, tan amable,
tan tierna, tan expresiva,
tan honesta y tan amante,
que más fingimientos use,
que por más tiempo la engañe,
perdiéndola en esperanzas
que no pueden realizarse.
Mas ¡cielos!... ¿cómo aventuro
el decirlo... el declararme?...
Envenenado cuchillo
que el corazón va á rasgarle,
serán ¡ay Dios! mis palabras;
porque desengaños tales
que un encanto de delicias
y de ilusiones deshacen,
destrozan aun más que curan,
y más que alivian abaten.
Y yo ¡con cuántos martirios,